

## *El Lagar del Sur*

Después de pasar unos días en La Robleda, los jóvenes viajan a Cádiz donde se enteran de que Juana está de parto en el hospital. La llegada de una niña, Marta, con síndrome de Down causa una conmoción en los gaditanos, pero sus amigos no están dispuestos a que se agobien por ello.

Isabel González renace a una nueva vida con José María Solozábal, se aman y están dispuestos a vivir juntos. Las obras de la bodega de Olula avanzan y el hospital se pone en marcha. Macanera se vuelve a quedar embarazada y tendrá a su hija Helena. El partido liberal gobierna de nuevo y Carmela continúa en la cartera ministerial.

Ismael conoce a Clarence y se enamoran, él aprueba la oposición de notaría y consigue ubicarse en Boadilla del Monte.

Clara se empareja con Álvaro. Ramón plantea un convenio urbanístico para ampliar los negocios a cambio de un terreno para que el ayuntamiento pueda acometer la construcción de un auditorio en Pozuelo.

Ismael sufre un accidente de coche en su vuelta de Boadilla a Pozuelo y ha de ser operado de urgencias. Su médula está dañada y ha de acudir al Hospital de Parapléjicos de Toledo.

En Olula plantan uvas de una nueva variedad para elaborar cava, en su nueva bodega.

La pandilla de amigos viaja a Sierra Nevada para esquiar. Clara asienta su relación con Álvaro y le invita a vivir en su casa durante el periodo de la oposición que ambos hacen para profesores de matemáticas.

Ismael se recupera en el Hospital de Parapléjicos y recobra sus capacidades amorosas con su querida Clarence.

Renzo y Macarena pasaron unos días estupendos en Necedal acompañados de Isabel y Pablo. Maximilian continuaba siendo el padrazo de siempre que no se separaba en ningún momento de Livia, se pasaban todo el día a remojo en la piscina y a veces les acompañaba una sobrina nieta de Carmela, la hija de uno de los primos hermanos de sus hijos que vivía en el pueblo. Las niñas eran de edades similares y se habían conocido en veranos anteriores. Livia disfrutaba jugando con ella y se les pasaban las horas dentro del agua. Al mediodía, cuando arreciaba el calor, exhaustas, comían y se acostaban juntas la siesta en un cuarto de juegos que tenían en el sótano de la casa, que era muy fresquito y no necesitaba aire acondicionado. A Carmela no le gustaba que durmieran con el aire puesto, a ella le sentaba muy mal para sus huesos y garganta, apenas lo ponía en el coche porque le molestaba ese frío tan fuerte incidiéndole en el cuerpo de forma tan directa.

Se marcharon de Necedal con cierto dolor. Estaban tan a gusto y relajados que les dio cierta pereza abandonar el solaz y la tranquilidad del pueblo. Pero habían quedado en Cádiz con Paco y Juana y debían acudir prestos a la cita pues las habitaciones estaban reservadas con fecha determinada. Habían evitado los primeros días de agosto por el trajín de vehículos que colapsan las carreteras en esas fechas clave. Se llevaron de nuevo el monovolumen porque, en principio, iban a viajar las tres parejas, Pablo con Isabel, Renzo y Macarena y Bárbara junto a Alejandro.

Pararon en Sevilla, era algo obligatorio y deseado por todos. Hacían un alto en el camino y disfrutaban del confort de la casa sevillana de los Arellano, además de acercarse a darse un capricho gastronómico en casa de Manolito León. Juan y Aurora los recibieron con los brazos abiertos, ahora veían menos a su hija y la echaban de menos, por eso, más de un fin de semana se subían al Ave y se desplazaban hasta Madrid para pasarlo con ella. Martín la abrazó con pasión al verla.

- Hola, madrileña, le dijo mientras la retenía en sus brazos, están más guapa que nunca, te sienta bien el trabajo y estar junto a tu Renzo.

- Así es, pero os echo mucho de menos, debes terminar tu carrera cuanto antes y venirte a trabajar a Pozuelo, en el hospital hay sitio para ti. Ya lo he hablado con Ramón y Carmela y puedes contar con empezar a trabajar allí en cuanto acabes, puedes hacer la especialidad mientras trabajas. Y con Raquel puede pasar otro tanto.

- Podéis vivir en nuestra casa el tiempo que necesitéis, dijo Renzo, es inmensa y está medio vacía, aunque ya la hemos inaugurado y es genial. Tenemos que hacer una fiesta por todo lo alto, a ver si pasa el verano, se pone en marcha el hospital y tenemos algo de tiempo para convocar a todo el mundo. Aunque debe ser en septiembre, que aún haga buen tiempo; en el jardín trasero, que hemos dejado abierto, podemos hacer un evento sonado en todo Madrid.

- Es una idea genial, dijo Isabel, que escuchaba atenta la conversación. Ahora mismo está precioso, si tuviéramos suerte y le cayera alguna tormenta de finales de verano, las plantas recuperan vigor y se muestran mucho más esplendorosas con el agua

de lluvia. Podemos llevar un piano al jardín y damos un concierto de los nuestros, acabando por sevillanas, por supuesto.

- Tú ya estás imaginándote con tu traje de faralaes, dijo Pablo, dirigiéndose a Isabel que, efectivamente, se recreaba con la ilusión de la fiesta.

No tardó en aparecer Raquel por la casa de los Arellano, le habían avisado de su llegada y había reservado mesa en el restaurante de Manolo León. Macarena la abrazó con fuerza, se habían hecho amigas en el Conservatorio y luego, cuando supo de la mediación profesional de Raquel para su salida del mundo oscuro al que le había llevado la pérdida de su hijo, su cariño se acrecentó aún más. Raquel estaba preciosa, su tez morena y sus preciosos ojos le daban algo mágico a su aspecto. Renzo la abrazó y no dudó en arrastrarla hasta el piano que los Arellano habían comprado con su mediación. Hizo unas escalas y vio que estaba bien afinado. Había hablado con Raquel por teléfono y ella se estaba aprendiendo su sonata Guadalquivir, que tenía sus complicaciones técnicas, y no dudó en instarla a que se sentara en el piano para ver cómo la tenía. Quería ver la digitación que estaba haciendo, él le había dado ciertos consejos por teléfono y le había mandado una partitura en la que le ponía determinadas pautas, pero quería ver cómo las tenía resueltas.

Raquel no dudó en sentarse al piano, aún tenía tiempo antes de acercarse al restaurante y ya se había acostumbrado a tocar junto a Renzo, él la había conquistado con su forma de tratarla cuando tocaba y se sentía a gusto en su presencia. No se lo anduvo pensando y atacó la partitura con determinación, Renzo la dejó hacer y no quiso interrumpirla para ver cómo resolvía las partes más complicadas de la obra. El resto de los asistentes escuchaban embelesados la pieza que ya conocían de sobra pero que, con su musicalidad evocando a su querido río, les transportaba a nostalgias propias de su preciosa tierra y su música, tan especial. Renzo dejó a Raquel que siguiera hasta el final, conocía la pieza con tanto detalle que, mentalmente, fue anotando las precisiones que quería apuntar a Raquel para mejorar la interpretación.

- Bravo, Raquel, veo que me has hecho caso y prácticamente ya la tienes terminada, me ha gustado mucho la impronta personal que le pones, dando ese matiz a determinados compases que recuerdan a los palos del flamenco. Pero he de hacerte unas pequeñas matizaciones en cuanto a los dedos.

Raquel dejó que Renzo se sentara junto a ella y le explicara con la delicadeza y mimo que siempre lo hacía, las correcciones que él estimaba que debía hacer. Allí estuvieron un rato enfrascados en los detalles mientras Aurora trajo un aperitivo de la cocina y sirvió unos vinos en copas de cristal para festejar la llegada de su hija y amigos a su casa. Macarena animó a su hermano y Raquel para que les acompañasen a Cádiz, iban a estar quince días de vacaciones ganduleando por las playas gaditanas y le haría mucha ilusión que les acompañaran. Martín había sacado unas notas excelentes y se merecía un descanso. Raquel hacía colaboraciones en varias clínicas sevillanas y había retomado sus clases de piano en el Conservatorio para aumentar su nivel. De hecho, había tocado en directo en algunos cafés y pubs de la ciudad y le habían llamado de algún hotel para tocar en alguna boda o evento social, y se sacaba un dinero extra. Macarena no les dijo nada, pero tenía la sana intención de invitarles a sus vacaciones, lo había comentado con Renzo y éste la dijo que estaba de acuerdo con lo que ella dispusiera, y más, tratándose de su hermano. Él no llevaba en cuenta el dinero que tenían, que era mucho, y Macarena era libre de hacer lo mejor que ella considerara.

- Sé que administras mejor nuestro peculio que yo, que no me ocupo nada.

- Pero quiero contar contigo si he de invitar a Raquel y mi hermano.

- No hace falta que cuentes conmigo para estas cosas, tú eres mejor administradora que yo y sabes que confío plenamente en lo que hagas.

La comida en casa de Manolo León transcurrió con las bromas habituales, se alargaron en animada tertulia y, cuando salieron del restorán, el sol bajaba su fulgor sobre la capital andaluza del Guadalquivir, aunque el calor en la calle era más que agobiante. Se refugiaron en el aire acondicionado de los coches y enfilaron para el barrio de santa Cruz, al fresco solaz de la fronda de los árboles del patio sevillano de la casa de los Arellano.

Se sorprendieron cuando llegaron al Playa Victoria y no vieron en recepción ni a Paco ni a Juana. Habían hablado con ellos el día anterior para advertirle sobre la hora que llegaban y decirles que les debía buscar otra habitación para Raquel y Martín. Pero la chica que les sustituía en la recepción estaba al tanto de su llegada y les atendió en cuanto les vio. Les conocía de sus otras estancias en el hotel, y ellos a ella.

- ¿Dónde están nuestros amigos?, preguntó Pablo a la joven.

- Veréis, Paco y Juana os querían dar una sorpresa, pero las cosas se han adelantado y han tenido que marchar al hospital con urgencia.

- Pero, ¿qué les pasa?, dijo Isabel con gesto de alarma y preocupación.

- No os inquietéis, dijo la chica. No es nada grave, Juana está embarazada y a punto de dar a luz un niño, si no lo ha hecho ya, que es lo más probable.

- ¿Embarazada, dijo Bárbara? Pero..., si no nos han dicho nada.

- Bueno, lo tenían en secreto para daros una sorpresa cuando llegais y vierais a Juana con su abultada tripa, pero la naturaleza es caprichosa y me temo que el niño esté ya junto a nosotros, se han ido con mucha urgencia, ya que Juana ha empezado a tener dolores de parto y les ha llevado un taxi al hospital.

- ¿Está muy lejos de aquí la clínica? ¿Nos puedes dar el nombre y la dirección para acercarnos?

- Está muy cerca de aquí, es el Hospital Puerta del Mar y podéis ir andando, apenas hay un par de manzanas de distancia, está en la propia avenida principal de Cádiz, lo vais a ver a la derecha según avanzáis hacia la zona antigua.

- Bien, dijo Isabel, entonces no nos demoremos más, ¿sabes si hay alguna floristería en el camino?

- Sí, os acompañará un botones y os la indica, está muy cerca.

- Gracias, eres muy amable, verás, el equipaje lo podéis subir a nuestras habitaciones y nos aparcáis los coches en el garaje, ¿verdad?

- Claro, faltaría más, no os preocupéis lo más mínimo, sabemos quiénes sois y estáis en vuestra casa, comportaos de esa manera, como si estuvierais en vuestro hogar.

- Gracias, tus palabras son cálidas y cariñosas.

La clínica estaba cerca, en efecto, y, después de comprar un precioso ramo de rosas, no tardaron en llegar a la entrada de la misma. Preguntaron por la planta de paritorios y dieron el nombre de Juana para que les indicaran a donde dirigirse. Cuando llegaron a la habitación no había nadie en ella. Les sorprendió, pero no se amilanaron, fueron a un puesto de enfermeras y preguntaron.

- Juana está en el paritorio, no hace mucho que ha llegado y debe estar a punto de dar a luz. Su marido está con ella.

- O sea, que aún no ha llegado nadie de su familia, ¿verdad?

- Creemos que no, han llegado los dos en un taxi y ella venía con dolores muy agudos de parto. Es posible que el niño haya nacido ya, pero aguarden un poco en esta sala de espera y les informaremos en cuanto podamos.

- ¡Vaya sorpresa!, dijo Macarena. No me lo esperaba, pero es una gran noticia, espero que no haya problemas y podamos ver al pequeño en seguida.

- La llegada de un hijo al mundo es una gran alegría siempre, dijo Alejandro, que miraba a Bárbara con gesto cómplice, sabiendo lo que a ella le afectaba este tipo de sucesos. No iba a poder llevar a un hijo en sus entrañas y eso era algo que la entristecía, pero iba a superarlo con la ayuda de sus amigos y de él mismo, que no había dudado en estar a su lado, a pesar del lastre que supuso perder sus órganos reproductores en el desgraciado accidente.

No tuvieron que esperar mucho tiempo porque al poco tiempo vino uno de los médicos que había asistido en el parto para darles la noticia de que el alumbramiento se había producido sin problemas, el bebé estaba perfecto, aunque debían acudir al paritorio, si eran amigos o familiares de la pareja.

- La niña ha nacido muy bien, pero nos tenemos que tener síndrome de Down, la madre acaba de saberlo, al igual que el padre y necesitan el apoyo de las personas que les quieren.

Las palabras del médico cayeron como una losa sobre los oídos de los jóvenes, se miraron asombrados y al unísono todos confluieron su vista en Raquel, ella era psicoterapeuta y debía saber enfrentarse mejor que nadie a estas situaciones.

- Raquel, dijo Martín, ¿qué crees que debemos hacer?

- Veréis, he vivido no hace un mucho tiempo un caso parecido de padres un tanto mayores por edad fisiológica para tener niños y reconozco que en el momento que te lo dicen es muy duro, porque no te lo esperas y a nadie le sienta bien una noticia así. Pero hay que sobreponerse al impacto del momento, hay que pensar que los síndromes de Down son personas muy afectivas que, a la larga, nos van a dar mucho amor y van a endulzar nuestra vida con su eterna sonrisa. Debemos entrar y apoyarles en este momento crucial en sus vidas. Me imagino que Juana estará hecha un mar de dudas entre su instinto, que le dice que el bebé es su hija a la que ha llevado en su vientre esos nueve meses, y la sorpresa de ver que tiene síndrome de Down. Ahora es el momento en que deben recibir todo nuestro amor, deben saber que no consideramos desgracia alguna el hecho de que la niña salga con este síntoma. Esa criatura les va a dar mucho amor, les va a hacer mejores personas de lo que ya son, les va a dar valores humanos que les harán ver el lado más positivo de la vida. Nosotros somos sus amigos y hemos de ejercer como tales, debemos estar a su lado en este momento, pasemos al paritorio, creo que alguien debería llamar al hotel y que nos traigan copas y unas botellas de cava, hemos de hacer del nacimiento una fiesta, no un sepelio. Ha venido un ángel a la tierra a través del útero de Juana y sus padres deben saberlo, nosotros, sus amigos lo creemos así y no vamos a permitir que se ruboricen o sienten mal por tener una niña con ese síndrome.

Renzo tomó su móvil y marcó el teléfono del hotel, les dijo que Juana y Paco habían sido padres de una preciosa niña y que debían llevar urgentemente unas botellas de cava y copas al hospital.

- Dales nuestra enhorabuena, el botones os llevará en seguida el cava.

Cuando entraron en el paritorio se encontraron con Paco al lado de Juana que estaba tumbada en la cama, algo incorporada, apoyando su espalda sobre los almohadones de la misma. Su gesto era cariacontecido y triste, la niña ya estaba lavaba, vestida y apoyada en el vientre de su madre, que tenía la cara compungida de estar llorando sin cesar. Se sorprendieron al verlos entrar, aunque sabían que acabarían de llegar al hotel. Paco no pudo evitar emocionarse al verlos a todos y prorrumpió en un lastimero sollozo mientras Alejandro se acercaba a él y lo abrazaba. Aunque la situación era tensa, las palabras de Raquel habían hecho su efecto en el ánimo de todos y su obligación era levantar la maltrecha moral de sus amigos. A nadie le gustan estas situaciones, pero en la vida es importante enfocar las cosas desde la perspectiva adecuada y debían hacer ver a

Paco y Juana que ese nacimiento no era una desgracia, sino que podía ser todo lo contrario.

Raquel se acercó hasta Juana a la que veía destrozada, con su niña en brazos, mirándola y hecha un mar de dudas.

- ¿Puedo cogerla?, le dijo.

- Claro, pero ten cuidado, es muy pequeñita.

Raquel cogió a la niña, la miró a la carita y notó como ella se fijaba en sus propios ojos, su gesto era alegre, parecía estarla sonriendo. La puso en su pecho y la abrazó profundamente mientras miraba a su madre que se sorprendía por el gesto afectivo y cariñoso de la joven sevillana. Raquel no dudó en pasar a la niña a los brazos de Isabel que repitió el gesto cariñoso besando la pequeña carita del bebé. La niña fue pasando de mano en mano sin prestar siquiera atención al hecho de que pudiera tener tara alguna, recibiendo el abrazo cálido y afectuosos de todos hasta que volvió de nuevo a su madre. Para entonces la cara de Juana era un cuadro abstracto, su confusión y dilema interno quedaba dibujado en su rostro. Todos había acogido con amor a su niña y nadie había manifestado la más mínima repulsa o animadversión porque tuviera el dichoso síndrome. Raquel la miró y se acercó a besarla mientras hablaba con ella y Paco al lado.

- Sé que éste es un momento difícil en vuestra vida, pero os aseguro que lo vais a recordar con alegría, os conozco y sé el corazón tan grande que atesoráis, nos tratáis como a príncipes cuando vamos al hotel y hacéis lo imposible por agradarnos la estancia cuando venimos a veros. Ahora lo veis todo oscuro porque vuestra mente está atascada por la sorpresa y no pensáis con claridad. La niña es un ángel que ha llegado a vuestra casa, ella os va a dar mucha más felicidad que la que vosotros podáis darla, siempre va a tener esa sonrisa en la cara y, cuando la miréis, veréis el amor que os tiene. Tendrá limitaciones en su aprendizaje, pero eso no será obstáculo para que evolucione y pueda hacer infinidad de cosas manuales, pienso que podrá trabajar en el hotel con vosotros, de botones, en la cafetería o en cualquier lugar. Se me ocurre que será el comodín del hotel del que todos tiraremos para aprovecharnos de su bondad infinita, la que nos hará sonreír cuando estemos tristes y a la que nos llevaremos a la playa para que nos deleite con sus continuos juegos. Es un ser vivo precioso y anormal en el mejor sentido del término, puede que no sea capaz de hacer ciertas cosas, pero con paciencia y dedicación va a poder superar muchas barreras y llenar vuestra casa de amor y regocijo. No debéis estar tristes, nosotros somos vuestros amigos y no lo estamos, creemos que debéis estar gozosos por tenerla entre todos y ya veréis como la vida os recompensará con un amor abnegado por parte de vuestra hija, a la que todos vamos a adorar.

La niña se removió encima del cuerpo de su madre y Raquel se dio cuenta que probablemente deseaba mamar. Así se lo indicó a Juana quien de forma tímida, quizá un poco cohibida y nerviosa la tomó en sus manos, descubrió su pecho y acercó su boquita al pezón. El instinto hizo su labor y la niña empezó a succionar del pecho materno como si lo hubiera aprendido desde siempre. El gesto de todos demostró la complacencia más absoluta al ver a la niña mamando con fruición del pecho de su madre. A Bárbara se le caían las lágrimas viéndola, Isabel se apoyó en el hombro de Pablo mientras restregaba sus ojos para evitar que esas lágrimas inundaran sus mejillas. Macarena torció el gesto y acurrucó su cara en el pecho de Renzo, le vino el recuerdo de su niño muerto en su interior y se le revolvió las tripas al pensarlo. Pablo se dio cuenta que llevaba su cámara de fotos en la mano, la había cogido expresamente al salir del hotel por si podía fotografiar a la criatura. El momento era propicio a tomar todas las fotografías que pasaría a Paco y Juana para que las unieran al árbol familiar.

Juana miraba los ojitos de su recién nacida que se afanaba, glotona, en su pezón mamario. Una corriente de felicidad empezó a inundarla por dentro, aquel ser vivo era su

hija tan deseada, era diferente, pero... ¿quién no lo es? Miró a Paco y le sonrió, debían acoger a su nuevo vástago con el amor que lo habían hecho con sus otros hijos, la niña les iba a hacer esforzarse más en su educación, pero aprendería a saberse manejar y, como decía Raquel, tal vez pudiera ayudarles en el hotel. No tardarían en aparecer sus padres con sus dos hijos y había que presentarles a su hermanita con toda la normalidad, para que se alegraran de su llegada al mundo.

Se oyeron unos golpes en la puerta del paritorio y Martín acudió a abrir, el botones del hotel llegaba con unas botellas de cava en una nevera portátil y una caja llena de copas de cristal. Lo hizo pasar y éste, antes de nada, acudió a felicitar a sus jefes por el nacimiento de su nueva hija. No tardó en repartir copas para todos y llenar las mismas con el líquido espumoso. Pablo no perdía ocasión para disparar una y otra fotografías para inmortalizar de forma gráfica el memorable acontecimiento. Elevaron sus copas y brindaron por la niña, por Paco y Juana, y por su amistad.

La noticia había corrido como la pólvora y los padres de Paco y Juana habían sido los primeros en ser localizados por los empleados del hotel. Estaban con los niños en la playa, unos, y los otros en su casa. No se demoraron en acudir a saludar la llegada a la vida de su nueva hermanita, aún no tenía nombre que ponerla, pero entre ellos habían dicho que les gustaba Marta y los padres no tenían obstáculo alguno para agrandar a sus hijos mayores. Marta era un nombre que les gustaba y podía ser totalmente válido para ponérselo a su nueva hija.

Cuando llegaron al centro médico ya habían llevado a Juana a la habitación que le correspondía y le habían acompañado Paco y sus amigos en el traslado. La niña había mamado suficiente y se había quedado dormida. Tanto Mario como Paula se acercaron hasta la cuna en la que dormía y se fijaron en ella con cara de felicidad, sus padres le habían dado una nueva hermana y ellos iban a quererla mucho. Mario se acercó hasta la cuna y llevó sus labios hasta la carita del bebé, dándole un tierno beso; su hermana Paula hizo otro tanto, pero se fijó en que su madre, Juana, tenía la cara triste como si hubiera llorado.

- Mamá, le dijo, ¿estás triste? Parece que tienes los ojos llenos de lágrimas, ¿has estado llorando?

- No te preocupes, mi niña preciosa, es que estoy muy contenta de haber traído al mundo a tu hermanita y se me han escapado unas lágrimas. Ahora tendrás que cuidar de ella porque es mucho más pequeña que tú y va a necesitar que todos le ayudemos para que se haga grande.

- Yo te voy a ayudar a ponerle el pañal y darle el biberón, dijo Mario, que estaba a su lado.

- Y yo le contaré un cuento por las noches para que se duerma, dijo Paula.

Los padres de Juana y Paco notaron algo raro en el ambiente al llegar, todos estaban festejando, de alguna manera, la llegada del bebé, pero algo en el rostro de sus hijos decía que algo no iba bien. Juana les hizo un gesto para advertirles sutilmente que la niña había nacido con el síndrome de Down, entonces repararon en ella y se dieron cuenta que la carita mostraba los gestos típicos mongoles en este tipo de niños. No supieron qué hacer o decir, simplemente asumieron el hecho como algo ya inevitable y que había que aceptar.

- Estos niños son muy felices toda su vida, para nosotros es una nieta más y la vamos a querer como lo hacemos con el resto. Además, ellos, de por sí, son muy cariñosos y estamos seguros de que ese amor nos lo van a transmitir a todos en la familia.

Alguien llamó a la puerta de la habitación y cuando abrieron se encontraron con la alcaldesa de Cádiz, Pepa, acompañada de más amigos de la pareja que habían acudido a felicitarles al enterarse de la urgencia con que se había presentado el parto. Traían un gran ramo de flores y lo depositaron en un jarrón al lado de la cama, Juana les informó en

seguida de lo acontecido, pero no vio un sólo rostro de desánimo o pesar, todos la felicitaron por el feliz acontecimiento, la niña estaba sana y esa afección no la iba a impedir crecer y ser una más en su comunidad, entre todos conseguiría que fuera una hija feliz, y les iba a devolver con creces, el amor que la dispensaran. Renzo se ocupó de abrir una nueva botella de cava y entregó copas a todos los que llegaron que se unieron a la celebración con alegría y cariño. Pablo no dejó de inmortalizar el momento, sabía que eran unos instantes muy importantes en la vida de sus amigos y que luego iban a mirar una y otra vez la cara de Paula cuando vio a su hermana por primera vez, o el gesto de Mario sintiéndose el hermano mayor de la familia, ejerciendo de ello.

Llegó el doctor con la pediatra y fueron invitados a la celebración, pero al poco recomendaron que era bueno que la madre y la hija tuvieran descanso y tranquilidad, conminaron al resto a dejarlos solos, convenía que Juana descansara y el bebé necesitaba tranquilidad y sosiego.

Juana temió el momento de quedarse sola frente a su criatura recién nacida. Pasado un tiempo se despertó y se removió en su cunita. Juana la cogió en brazos y la miró a los ojos, que ella había abierto y que mantenía fijos en los de su madre. Algo vio en ellos, en la mirada de la niña que despertó su más hondo instinto maternal, era su hija que la miraba y la decía que había venido al mundo a compartir con ellos su vida y que debían acogerla como uno más en la familia. Un estremecimiento la recorrió su cuerpo y supo que el vínculo con su hija se agrandaba, que no importaba la afección que tenía, la iba a querer mucho, sin fisuras, tal como era. Juana pasó toda la noche llorando en su cuarto, acompañada por Paco, quien, en la oscuridad del cuarto, derramaba en silencio sus propias lágrimas. Pasaron una noche aciaga, triste, parecía que el cielo se les venía encima, que un desastre terrible llegaba a su vida, que nada iba a ser igual. Pero la noche acabó y llegó el día, y la niña abrió sus ojos y pareció sonreírles. Un halo de esperanza en el futuro les trajo la luz del nuevo día, el mundo, la vida continuaba y ellos debían afrontarla con valentía, quizás este incidente les sirviera para hacerles mejores a todos.

Recibieron la visita de su mejor amiga y, ésta, al verles tan tristes, les dijo que no lloraran, que habían sido unos afortunados.

- Habéis sido elegidos para afrontar esta carga y eso es algo muy especial. Sé que en estos momentos no lo entendéis, pero pasados unos años comprenderéis lo bonito que es vivir con una persona que irradia la felicidad en estado puro, vuestra hija, que os va a dar muchas alegrías, que os va a consolar en muchos momentos.

Juana tuvo que amamantarla de nuevo y al verla succionar su pecho, al notar que se afianzaba a la vida que ella le transmitía, supo que era su hija, la que había llevado en su vientre durante el periodo de gestación y que iban a estar así unidas para siempre.

Cuando vio llegar de nuevo a todos sus amigos, supo que no estaban solos ni lo iban a estar, notó el amor en sus caras, Marta estaba despierta y pasó de brazo en brazo de Bárbara, de Macarena, Isabel o Raquel. Todos la trataban con extrema delicadeza y la achuchaban con arrumacos distintos. Juana se dijo que nunca iba a estar sola, que los suyos estarían siempre a su lado, que debía regocijarse como nunca por la venida al mundo de su tierna hijita.

Llegaron sus hijos con los abuelos y el doctor le dijo que podía darle el alta cuando quisieran, la madre se encontraba bien y la hija, igualmente. Paco se dijo a sí mismo que se iba a poner al día de los cuidados que tenía que aprender para educar a un bebé tan especial. Leería y se informaría, se haría un experto en el cuidado de estos niños, su hija iba a crecer como una niña feliz en el seno de una familia que la amaría sin paliativos.

Isabel González vio cómo pasaba el mes de agosto de forma rápida, sus ocupaciones eran muchas y la mantenían alerta todo el día. Poco a poco se acercaba la

fecha de la inauguración y todas las piezas del puzle iban encajando en su lugar. Estaba feliz, José María había empezado a llamarla cada día y se dejaba caer por Pozuelo con cualquier excusa tonta, que ella aceptaba de buen grado porque deseaba verle tanto como él a ella. Había acudido con sus hijos el sábado de la cita a su casa de Majadahonda y le había gustado lo que vio. La casa era un adosado en una bonita zona de la localidad, pero el grupo de viviendas estaba ordenado de una forma que no le hacían parecer la típica hilera uniforme y repetitiva, las fachadas no estaban alineadas del todo, unas entraban o salían sobre las otras, dando al conjunto una sensación más armónica.

Él les esperaba en el umbral y acudió, solícito, a abrirles la puerta del coche, cuando lo aparcaron junto a la misma entrada de la casa. Ella se había provisto de una botella de vino y una tarta de almendras que había comprado en el supermercado El Español, al que se había acostumbrado a acudir al reclamo de los excelentes productos que tenía en sus estantes y vitrinas. Pasaron al interior y los chicos se fueron al jardín, invitados por Verónica que les instó a ayudarla a encender el fuego en la barbacoa, ellos la miraron complacidos, hacer una lumbre era algo que no habían hecho nunca y les atraía la novedad de hacer fuego. José María la invitó a conocer su casa, la misma tenía dos plantas y un semisótano destinado a garaje y bodega, además de una sala grande para fiestas y reuniones junto a un pequeño aseo. En la planta baja tenía un gran salón que abría sus cristaleras al jardín, una cocina lo suficientemente grande para albergar una gran mesa para comer, una despensa, un baño y un dormitorio que José María utilizaba como despacho. Otros tres dormitorios con dos baños, uno dentro del dormitorio de matrimonio, completaban la planta primera. La escalera continuaba y les llevó al bajo cubierta, que ocupaba apenas la mitad de la superficie de la casa porque el resto quedaba muy bajo de altura, inutilizable, por tanto, por la pendiente del propio tejado.

Le gustó lo que vio, la vivienda estaba ordenada y limpia pero vivida, cierto que los cuartos que no usaban estaban cerrados y sin apenas enseres, pero el dormitorio de Verónica era el de una chica de su edad y tenía infinidad de detalles que la niña había ido acumulando, además de fotografías en las que se la veía con su madre. Isabel se fijó en ellas, recogían diversos momentos de la vida de la joven junto a sus padres, felices, sonrientes, en la playa, en el campo, en la ciudad. Pensó que José María se pondría triste al recordar a su difunta esposa y no quiso hacer comentario alguno, pasando de prisa al siguiente dormitorio.

Bajaron hasta el jardín y vieron que Verónica se afanaba con el fuego, alimentándolo para conseguir hacer unas brasas adecuadas para asar los alimentos que iban a comer. Habían colocado una mesa con mantel y cinco cubiertos bajo un precioso platanero que se enseñoreaba en el centro del jardín y que ofrecía una sombra fresca bajo su fronda. El espacio era el justo para la vivienda, estaba bordeado por un parterre en el que crecían flores y plantas de diversos tipos y a las que se veía cuidadas con esmero.

- Les dedico tiempo y me gusta jardinear; a mi esposa, María, le gustaban mucho las plantas y me inculcó el amor por ellas. En estos años desde su muerte apenas he ido a sitio alguno, en vacaciones hemos pasado algunos días en la playa juntos, Verónica y yo, pero no me ha apetecido salir con amigos a pesar de que me han insistido una y otra vez. El día del concierto en el Real fue mi primera salida después de dos años.

- Me doy cuenta que es una casa donde vive una familia, aunque tu mujer ya no esté. Pero veo que has sabido guardar su impronta y hacer de la misma el hogar que tu hija necesita.

- Mi hija tiene varias amigas y acuden bastante aquí, a mí me encanta que lo hagan y les insto a que se consideren como en su propia casa. De hecho, es raro el fin de semana que alguna de ellas no acompaña a Verónica a dormir juntas. Quiero que crezca como una chica feliz a pesar de que no pueda disfrutar de la presencia de su madre. Ella está

muy pendiente de mí, a su vez, y me ayuda en todo. Tenemos una asistenta que nos hace la mayor parte de las labores del hogar, pero siempre quedan muchas cosas por hacer y Verónica se ha vuelto una mujer de casa, pone lavadoras, me plancha las camisas como yo no soy capaz de hacerlo y se ocupa de llevar mis trajes al tinte. Es sorprendente, nunca pensé que la falta de su madre sirviera para despertar en ella la persona responsable que parecía no tener dentro cuando mi mujer vivía.

- Supongo que siente que sólo os tenéis el uno al otro y le ha surgido su instinto maternal hacia ti.

- Algo de eso debe haber. De hecho, ya la ves lo solícita que está, creo que le has gustado y hace todo por agradaros.

- Gracias por tus palabras, sí, he notado la afabilidad con la que me ha saludado y se ha ocupado en seguida de mis hijos. Sabes que las mujeres tenemos un sexto sentido y no se me ha pasado alto el cariño con el que nos habéis recibido en vuestra casa, gracias de nuevo.

- Yo estoy muy agradecido por tu deferencia al haberme invitado ayer a conocer tu nueva casa y pasé una tarde entrañable; hoy vienes con tus hijos a mi casa y, créeme si te digo que no puedo estar más a gusto.

- Bueno, he de decir que, en aras a la verdad, el sentimiento es mutuo, he venido con mis hijos porque me gustó cómo me ayudaste en mis quehaceres ayer por la tarde y me apetecía conocer tu casa. Veo que ha sido un acierto venir, me gusta esta vivienda, tiene algo de familiar, el hogar que necesita una niña como Verónica, a pesar de que, obviamente, no será lo mismo que cuando vivía su madre.

- Por supuesto, yo he intentado, en la medida que puedo, que se sienta a gusto en su casa y la he animado a que invite a amigas y conocidos. De hecho, más de una tarde de fin de semana han organizado aquí barbacoas, aunque yo he procurado desaparecer para no incomodarles.

- Ya veo que eres todo un padrazo y me gusta lo que haces. Yo tengo que decirte que estoy un poco en esa situación, aunque me doy cuenta que es diametralmente distinta porque mi marido está vivo y los chicos van a ver a su padre cuando quieran, de hecho, va a venir a pasar quince días con ellos, me ha dicho Lucía que ha reservado una habitación en el hotel Al'arco, y nuestro divorcio está siendo acordado, de mutua concordia.

- Creo que es muy importante que vuestros hijos os vean avenidos para hacer los trámites del divorcio de forma razonada y pacífica, sin tensiones estériles que sólo perjudican a ambos cónyuges.

- No le guardo resquemor alguno, hemos pasado buenos momentos e intentaré quedarme con ellos, pero es mejor que vivamos separados, ya no teníamos interés alguno el uno en el otro y hay que afrontar la cruda realidad.

- Tu vida ha dado un vuelco importante, continuó José María, los chicos estaban entretenidos con las brasas de la barbacoa, supongo que aún debes estar como flotando en una nube y no acabando de creerte que las circunstancias se hayan puesto de esta manera. Por lo que dices, tu trabajo en el hospital está siendo frenético, has caído en un momento crítico, te estás recuperando de una intervención de un tumor canceroso en tu pecho y acabas de comprarte una casa maravillosa, ¿No crees que es como para estar cuando menos un poco atónita?

- Atónita, perpleja, anonadada, los calificativos son pocos. Es algo que me trae de cabeza, por las noches, en mi almohada, no hago más que darle vueltas a la situación que estoy viviendo. Pero he de decirte que mi hermana me ha apoyado desde el primer momento, las personas que comparten el accionariado del hospital son generosas y afectivas, ya has visto ayer la reunión en el Asador, me han dado su absoluta confianza y

me han puesto unas condiciones laborales que no me las podría ni siquiera imaginar. La casa me va ha salido en un precio de ganga, sé el precio por el que las venden al público y todavía no entiendo cómo pueden haberme hecho semejante rebaja; el trabajo es ahora bastante estresante, acabo de aterrizar y me he encontrado dirigiendo un monstruo que puede fagocitarme si me dejo, pero ya le estoy cogiendo las vueltas al asunto y vamos enhebrando los hilos de forma satisfactoria, apenas si nos queda la contratación de personal, que me temo va a estar resuelta del todo en pocos días, y la inauguración.

- Y en cuanto al asunto del cáncer, eso es algo que aprisiona mi alma y que va a ser difícil desterrar del todo. He pasado unos meses de auténtico calvario, sin poder dormir apenas, he vomitado lo que no tenía en mi interior, se apoderó de mí tal horror que apenas podía pensar en otra cosa que no fuera lo que pudiera pasarme. Me veía muerta en el hospital y recreaba la llegada de mis hijos para ver a su madre sin vida, veía sus caras llorando de rabia, intentaba desterrar esas imágenes funestas de mi mente, pero esta obsesión era superior a mis fuerzas. Veía a mis padres derrotados por el dolor, envejecidos muchos años por la pena del fallecimiento de su hija. Veía a mi hermana, a mi hermano, destrozados por el aciago suceso.

- Miles de fantasmas me agobiaban sin cesar, quería olvidar, quería poder descansar, apartar de mí el latigazo constante de dolor que la obsesión de saber que tenía cáncer me propinaba. Pero no encontraba consuelo. He llorado hasta vaciarme, hasta secar mis lacrimales. He bajado al más tormentoso de los avernos, he deseado morirme de golpe para acabar de una vez con la zozobra y sufrimiento que me atenazaba. Creí volverme loca, mis hijos son muy pequeños aún y mi marido no me ayudaba, sumido en su inconsciencia. He tenido que pelear sola contra mis miedos, mis incertidumbres, no sé cómo he podido aguantar, de veras.

- Pero después de toda tormenta viene la calma, el cáncer ha hecho que me diera cuenta del escaso interés que mi marido tenía por mí. Él parecía estar al margen de mi dolor, simplemente asumió que habían de operarme y darme el tratamiento de radio y quimioterapia que me recetaran. Prácticamente no cambió sus hábitos, le gustaba irse con sus amigos a ver el fútbol y tomar cervezas y a ello ha seguido dedicándose. Éste ha sido el detonante que ha provocado nuestra definitiva separación y divorcio. Si ya nuestra relación estaba mal, su completa inhibición para conmigo ante una enfermedad de este calado, ha venido a demostrarme que no podía dilatar más los días de vida en común.

- Y la espada de Damocles que es la enfermedad sigue ahí, me han dado cinco años de control con un tratamiento para descartar la posibilidad, siempre cierta, de que aparezca algún tipo de metástasis en otra parte de mi cuerpo. Creo que la sensación de que me pueda resurgir la enfermedad en cualquier momento no se me va a quitar mientras viva, es algo que tengo asumido, pero he de ser fuerte, aún soy muy joven y he de hacer todo lo posible por llenar mi vida del amor de los míos. Mis hijos me necesitan, como yo a ellos, tengo que mirar al futuro y pensar que puedo vivir muchos años a pesar de esa comezón diaria, pero creo que ese es el precio que a veces hemos de pagar por estar vivos.

- Es cierto, la vida nos golpea una y otra vez, dijo José María, pero hemos de mirar hacia adelante. Yo he pasado dos años de auténtico calvario. Es horrible ver cómo tu compañera de tantos años, con la que has compartido toda tu vida, con la que hiciste proyectos de futuro, con la que viajaste a mil y un lugares, con la que te enfadaste en más de una ocasión, por tonterías la mayor parte de las veces, empieza a deteriorar su salud, se postra en una cama y ves que va perdiendo la viveza de su hermosa cara, empieza a palidecer y a perder brillo, color, notas que la vida le abandona poco a poco, que ya no tiene fuerzas, que te mira con ojos apenados, que te anuncia con tristeza que te vas a quedar solo. Que te dice que no desfallezcas y que intentes rehacer tu vida, que has de seguir, que tienes una hija que va a necesitar todos tus cuidados, que has de procurar ser

feliz y volverte a emparejar con alguien que te quiera, que ella te estará viendo desde las estrellas y será feliz si tú lo eres, que un buen día cierra sus hundidos ojos y nunca vuelves a ver su luz, nunca vuelves a sentir su aliento, te has quedado solo porque ella ya viaja por las estrellas.

- Debiste amar mucho a María, apuntó Isabel.

- Claro, nos conocimos muy jóvenes, en el instituto, y no volvimos a separarnos hasta que ella se marchó. Era un poco más joven que yo, aprobó sus oposiciones como profesora de Instituto en Geografía e Historia mientras yo aprobaba las mías como Ingeniero Industrial en el ministerio del ramo. Nos casamos muy pronto y al poco tuvimos a Verónica, pero el parto no le fue del todo bien y decidimos no tentar más a la suerte queriendo tener más hijos. Verónica se convirtió en el centro de nuestras vidas y pasamos unos años muy felices hasta que le surgió la enfermedad. No me extenderé en más detalles porque su enfermedad y muerte fueron muy crueles. Tuvimos nuestras diferencias en más de una ocasión porque ambos tenemos nuestras propias convicciones, pero nuestros enfados fueron pasajeros, nos unía un amor muy profundo y sabíamos perfectamente cuando el otro cedía en su ofuscación, momento en el que todo el disgusto desaparecía como por arte de magia, la magia de nuestro amor.

Los chicos tenían la barbacoa a punto y Verónica se encargó de descorchar una botella de vino que subió de la bodega, donde la temperatura era mucho más fresca y se conservaban mejor los caldos. Brindaron con el vino, los chicos con agua, José María le había acostumbrado a su hija a no tomar refrescos azucarados y los hijos de Isabel hacían lo propio. Les permitieron hacer los asados en la barbacoa y se dejaron servir por los jóvenes, y descubrieron que sus hijos crecían y se preocupaban por ellos. Una agradable sensación les recorrió por dentro, no sólo se encontraban muy bien juntos, sino que descubrían que sus hijos congeniaban entre ellos.

La carne de ternera estaba exquisita, recién salida de la brasa, y el vino era excelente, en su punto de temperatura. La comida transcurrió de una forma apacible, especiada por el jaleo de los chicos afanados en agradar a sus padres. Isabel se dio cuenta que José María le gustaba, y mucho. Parecía un buen hombre que estaba saliendo de un pozo de tinieblas y que ofrecía, sin tapujos, lo que era. Pero ahora debían darse tiempo para conocerse, ella no era mujer de muchos hombres, no le apetecía estar saliendo con unos u otros, prefería centrarse en sus hijos y trabajo, ahora tenía retos importantes ante sí y debía pensarse muy bien lo que hacer antes de dar un paso de tanta envidia y transcendencia.

Pero como el corazón tiene razones que la razón no entiende, ambos se dejaron llevar por sus sentimientos y éstos denotaban que les atraía estar juntos, de hecho, la tarde del sábado se les fue en un brete. Verónica se llevó a Juan y Daniel a dar una vuelta por la urbanización con unas amigas con las que quedó, y José María e Isabel tuvieron unas horas para estar solos, animados en un diálogo fluido y constante. La noche se les echó encima y se percataron de que los chicos aún no habían vuelto.

- No creo que Verónica tarde mucho en traerlos, deben estar en un parque cercano donde suelen reunirse chicos jóvenes y más niños.

- Es demasiado tarde, se nos ha ido el tiempo sin darnos cuenta, debemos regresar porque he de prepararles la cena, no deben estar quietos y seguro que van a volver con un hambre de mil demonios.

- Tenemos mucha comida en la despensa y el frigorífico, podemos prepararles algo de cenar en lo que llegan.

Isabel quería poner alguna excusa para no alargar más la estancia en la casa de José María, pero realmente se encontraba muy a gusto y no se esforzó en buscar alguna justificación, era sábado por la noche, no tenían prisa alguna para volver a casa y accedió

a su petición. Entre ambos se afanaron en preparar una coliflor hervida con sal que servirían con aceite de oliva, tenían unos salmoneces en el frigorífico que les vendrían de perillas para el segundo. Podían tomar algún yogur natural de postre de los que había una gran cantidad en la nevera.

José María no se equivocó y escucharon como los chicos abrían la puerta de entrada accediendo a la vivienda. Llegaron justo a tiempo, la verdura estaba acabando de hacerse y el segundo lo harían sobre la marcha para comerlo recién hecho. Los jóvenes contaron que lo había pasado genial en el parque, había otros chavales de su edad hermanos de las amigas de Verónica y habían estado jugando todo el tiempo con ellos. Venían con un hambre canina, debían haber corrido mucho y el ejercicio les había disparado el apetito. Por ello no tardaron en dar cuenta de la cena en pocos minutos. Decidieron, ya satisfechos ir al salón para jugar con la Play Station de Verónica a la que Juan pensaba ganar sin esfuerzo.

- Soy un auténtico especialista, ya lo verás, la dijo, te voy a dar un pateo del que te acordarás toda tu vida.

- Creo que eres un poco presuntuoso, añadió ella, aún no sabes cómo juego y ya dices que me vas a ganar. Ya veremos qué pasa, yo soy la campeona entre mis amigas y no me dejo amilanar por pequeñajos como tú.

- ¿Pequeño? Ya tengo doce años, soy mayor. Daniel sólo tiene nueve.

- Uf, dijo Verónica, pero si aún eres un mequetrefe, un niño, diría yo.

- No soy tan niño, ya verás cómo en unos años te superaré en altura.

- No digo que no, pero ahora yo soy más grande que tú, ¡ja!

Les dejaron en el salón con sus diatribas, mientras José María recogía la mesa metiendo en el lavavajillas los cubiertos y platos, Isabel fregó y secó las sartenes y vasos de vino que no metían en el aparato por su mayor delicadeza y fragilidad.

- ¿Te apetece un café?, dijo él.

- Mejor descafeinado, si tienes, a estas horas de la noche no me gusta tomar café pues me desvela bastante y no concilio muy bien el sueño.

- Tienes razón, la cafeína es estimulante y no conviene tomarla a horas tan tardías, mejor de mañana.

Salieron a la terraza, hacía una noche tranquila y cálida y en el cielo pululaban un sinnúmero de estrellas, las hamacas eran cómodas y se relajaron con el café.

- Creo que, si me dejo llevar, me quedaría dormida aquí. Hace una noche apacible y estoy en muy buena compañía.

- Gracias, dijo él, ese sentimiento es recíproco, no puedo estar mejor acompañado que contigo, Isabel. He de decirte que me encuentro muy bien, hacía años que no sentía esta sensación de sosiego y felicidad que ahora me inunda. No quiero parecer remilgado o repipis, pero creo que te lo debo a ti. No somos dos jovencitos, tampoco tan mayores, y me doy cuenta que me siento muy atraído por ti, no he dejado de pensar en el día que nos conocimos, estabas fantástica, muy atractiva, como ahora mismo, aunque no estés tan arreglada. El atuendo es importante y mejora nuestro aspecto, qué duda cabe, pero después de la fachada de cualquier edificio está su interior, y veo que lo que más me atrae de ti eres tú misma, tu forma de ser y expresarte, la naturalidad con la que te comportas, la normalidad de tus acciones, has llegado a mi casa y parece que la conocieras de siempre, no te ha costado nada ponerte a hacer cualquier cosa.

- Bueno, José María, estoy muy acostumbrada a cuidar de mis hijos y de mi casa, cosa que veo que tú haces de igual modo; creo que a las personas se les conoce por sus hechos, por lo que hacen, no por el postureo que puedan exhibir, soy de las que piensan que el saber no ocupa lugar y las tareas cotidianas de una casa son muy importantes, pero no son difíciles de aprender si se pone empeño en ello. No me creo que haya gente que

argumenta que no sabe hacer las labores domésticas cuando están trabajando en profesiones complicadas que les han costado unos cuantos años de estudios muy difíciles. Y en cuanto a que te sientes muy atraído por mí he de decirte que esa atracción es mutua, y me halagan, no sabes cómo, tus palabras. Hacía tanto que no disfrutaba de una velada como la de hoy, desde que llegamos a tu casa esta mañana. Tienes razón, me he encontrado como en mi propio hogar y eso es algo que me hace sentir muy bien, de hecho, he de ser sincera, he intentado buscar una excusa para marcharnos antes de cenar por no molestar en exceso, pero me he dicho que debía dejarme llevar por el corazón, y éste me ha dicho que estaba feliz a tu lado, que no tenía por qué reprimir ese sentimiento.

José María miró complacido, a la vez que sorprendido, a Isabel, por las palabras tan francas y directas que le acababa de decir, pero no supo qué hacer, hacía muchos años que no había estado con otra mujer que no fuera su esposa María, y había perdido toda intrepidez a la hora de abordar a una mujer. Se sintió cohibido, atenazado por la idea de que pudiera propasarse con Isabel. Ella era una mujer madura y se dio cuenta de su zozobra interior, supo que quería besarla, pero no sabía cómo. Se dijo a sí misma que también lo deseaba, pero algo dentro le dijo que fuera con tacto, que ejerciera la prudencia necesaria en estos casos, Él debía saber que ella no era una mujer de una noche, si estaba interesado en ella tendrían todo el tiempo del mundo. Le dolió no besarla porque lo estaba deseando más que él, pero pensó que merecía la pena, ella no era remilgada y tendrían mucho tiempo para amarse, para acariciarse y disfrutar de su sexualidad. Le sonrió con afabilidad y afecto, él pareció entender el mensaje pues hizo lo propio.

